

## UN HOMENAJE A WILLIAM HAZLITT

### A HOMAGE TO WILLIAM HAZLITT

Terry Eagleton 

Lancaster University

[t.eagleton@lancaster.ac.uk](mailto:t.eagleton@lancaster.ac.uk)

Fecha de recepción: 21/04/2022

Fecha de aceptación: 12/07/2022

<https://doi.org/10.30827/tn.v5i2.24498>

**Resumen:** Hazlitt fue un hombre de letras que desarrolló su carrera profesional a finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando la esfera pública era todavía fuerte. Los hombres de letras eran una especie de guías morales en épocas de profundos cambios culturales y turbulencias políticas; formaban la opinión pública hablando y escribiendo para una gran audiencia no especializada sobre una amplia gama de temas de interés público, como la estética, la ética, la política, la religión y la ciencia. El escenario se dividía entre conservadores y radicales y, debido a la relevancia política del debate y a la intensa rivalidad entre los contrincantes, se producía un violento intercambio de ideas. Hazlitt, uno de los más grandes estilistas de la lengua inglesa, no fue un observador indiferente, sino que se involucró en la defensa de su postura sin importar el precio, en una época en la que no solo las ideas sino también las cuestiones de estilo importaban políticamente. Radical durante toda su vida, combinó las ideas de la Ilustración y el Romanticismo para defender la igualdad, la libertad, la autonomía en el arte y en la vida y la empatía imaginativa.

**Palabras clave:** Hazlitt; Romanticismo; hombre de letras; empatía imaginativa.

**Abstract:** Hazlitt was a man of letters who developed his career in the late eighteenth and early nineteenth century when the public sphere was still strong. Men of letters were a sort of moral guides in times of profound cultural change and political turbulence; they formed public opinion through speaking and writing to a large non-specialized audience about a wide range of issues of public interest including aesthetics, ethics, politics, religion, and science. The stage was divided between conservatives and radicals and, due to the political relevance of the debate and the intense rivalry between the contending parties, there was a violent exchange of ideas. One of the greatest stylists of the English language, Hazlitt was no detached observer but got involved in the defence of his position no matter the cost at a time when not only ideas but matters of style mattered politically. A radical all his life, he combined the ideas of the Enlightenment and Romanticism to defend equality, freedom, autonomy in art and life, and imaginative empathy.

**Keywords:** Hazlitt; Romanticism; man of letters; imaginative empathy.

Desde Samuel Johnson hasta Christopher Hitchens, una criatura extraña e híbrida conocida como el hombre de letras ha sido un elemento constante del paisaje literario británico. También han existido algunas mujeres de letras distinguidas, como George Eliot, pero la categoría ha estado limitada principalmente a los hombres. Para ser un legítimo hombre de letras hace uno o dos siglos, había que hacer algo más que escribir poemas o novelas. Se tenía, por ejemplo, que fundar una revista, hacer incursiones en la crítica teatral, lanzarse a escribir alguna que otra biografía, compilar un diccionario, pronunciar conferencias públicas, componer ensayos incendiarios para periódicos y revisar las cartas de algún pez gordo de la política. El hombre de letras era un literato que sabía hacer de todo, un plumífero que vivía al día y podía improvisar un texto divulgativo sobre el darwinismo con la misma facilidad con la que producía en masa apuntes sobre una exposición de arte. Si quería no pasar hambre, tenía que estar dispuesto a revisar todo lo que pasara por sus manos, lo que significaba que tenía que ser experto en más de una disciplina intelectual. En este sentido, era lo opuesto a los académicos profesionales que acabarían sustituyéndole. Tenía, además, que adecuar su línea política a las revistas que le contrataban si quería llevar comida a casa. A medida que el lectorado y el mercado de los periódicos se expandieron a lo largo del siglo XIX, el hombre de letras pudo comer con más regularidad que nunca. A pesar de sus pretensiones de sabiduría espiritual intemporal, la literatura era ahora una empresa comercial en toda regla.

El hombre de letras, por tanto, era una interesante combinación de crítico, sabio, erudito, periodista y diletante. Era lo que hoy podríamos llamar un intelectual público, mucho antes de que se acuñara la temida palabra “intelectual” en la Europa de 1870. Era, no obstante, menos distante e intimidante que el intelectual, ya que necesitaba estar en contacto estrecho con el público para conformar sus opiniones. Su escritura era más cotidiana y *ad hoc*. Se le encomendó la crucial tarea de formar la opinión pública, por lo que formaba parte, como señaló un autor victoriano, de los “Comunes no elegidos” de la nación. En esta época, el crítico seguía siendo una figura pública influyente más que un académico universitario enclaustrado. Le correspondía a él absorber e interpretar las nuevas ideas y transmitir las a un público lector no especializado, lo que implicaba combinar lo erudito con lo popular de una manera que los intelectuales rara vez llevan a cabo. A medida que esas nuevas ideas se volvían cada vez más alarmantes en la era victoriana (ateísmo, evolución, descubrimientos de la geología, rumores de revolución social), el hombre de letras se convertía en un consolador además de crítico, adoptando una mayor actitud calmada para apaciguar las ansiedades de las clases medias. Se esperaba de él que guiara a un público claramente inquieto a través de una tempestad de cambios sociales y culturales. Pero también escribía directamente para todas aquellas personas implicadas en la toma de decisiones políticas, por lo que su voz podía tener un gran peso. Es probable que cualquier novela o controversia intelectual importante de la época hubiera llegado a una gran parte de la clase dirigente.

Hacia finales del siglo XIX, la autoridad del hombre de letras había decrecido drásticamente. ¿Qué necesidad había de una crítica pública cuando el propio mercado determinaba lo que merecía la pena leer? A medida que el conocimiento se volvía más especializado y esotérico, ¿podía el hombre de letras ser algo más que un vergonzoso aficionado? En una época desgarrada por los conflictos sociales y políticos, ¿podía seguir siendo el portavoz de un consenso público? La opinión pública, al parecer, era ahora algo que podía manipularse en lugar de construirse en común. El crítico público, en vías de desaparición, fue sustituido por el tecnócrata político, el asesor de relaciones públicas y el catedrático universitario. Una honorable tradición de estos críticos públicos subsistiría desde Edmund Wilson y Susan Sontag hasta E.P. Thompson y Edward Said, pero ya no se codearían más con los poderosos, como hacían en los cafés londinenses del siglo XVIII. Por el contrario, el poder era ahora su adversario.

Durante más de un siglo, uno de los hombres de letras más extraordinarios que ha dado Inglaterra fue bochornosamente ignorado. No se trata, sin embargo, de un descuido inexplicable. Al contrario, la marginación de William Hazlitt era totalmente previsible. En primer lugar, fue un ardiente partidario de Napoleón en un momento en que Gran

Bretaña estaba en guerra con Francia. Esto habría sido como defender a Bin Laden en el *New York Times* después del derribo del World Trade Center. Tampoco ayudó el hecho de que publicara sus sorprendentemente sinceras memorias sexuales, *Liber Amoris*, que provocaron la ira de algunas feministas contemporáneas, a pesar de que Virginia Woolf venerara a Hazlitt como un hombre “inspirado por la más genuina pasión por los derechos y las libertades de la humanidad” (Wu 440)<sup>1</sup>. Un crítico de la época atacó “esta preciada crónica de vulgaridad y repulsión” en tanto que revela al autor “en toda la desnudez de su arrogancia, su egoísmo, su sensualidad esclavizante, su libertinaje obscuro y su idiotez clamorosa (sic)” (237). Pero Hazlitt ya se había acostumbrado a este tipo de cosas. En una ocasión comentó que si tus enemigos no podían hallar un defecto en tu razonamiento, lo encontrarían rápidamente en tu reputación.

Sin embargo, las verdaderas razones de la impopularidad de Hazlitt son más profundas. En primer lugar, pertenecía a una época (la Gran Bretaña de principios del siglo XIX) en la que el discurso público era demasiado belicoso y desagradable para los victorianos de buenos modales que siguieron su estela. Resultaría de la misma manera ofensivo para una buena parte de los gentiles críticos de nuestra época. Hazlitt era demasiado malhablado y beligerante para ser considerado un caballero en condiciones. La prensa para la que escribía podía ser dogmática, vituperante, injuriosa y descaradamente sectaria. Una multitud de órdenes judiciales volaba de un lado a otro. El propio Hazlitt demandó por difamación a la revista conservadora *Blackwood's Magazine*, cuyo director era un intelectual agresivo. El director del *London Magazine* murió en un duelo contra uno de sus rivales literarios. Los editores del radical *Examiner* fueron encarcelados por una supuesta difamación del Príncipe Regente, un hombre sobre el que se podía calumniar mucho. El *Fraser's Magazine* era un periodicucho insultante repleto de mala poesía y parodias crueles. *Blackwood's* arremetía salvajemente contra lo que con desprecio llamaba la “escuela Cockney” de la literatura, una guisa de vulgaridad de clase baja que incluía a Hazlitt y a su amigo John Keats. Otro portavoz tory, la *Quarterly Review*, descargó su bilis contra Hazlitt, Keats, Shelley y Charlotte Bronte. La *Edinburgh Review* condenó la poesía de Wordsworth y Coleridge como regresiva y ridícula. En todos estos casos, era difícil distinguir los juicios sociales de los artísticos.

En lo que concierne a los insultos, Hazlitt podía, en efecto, competir con los mejores. Una vez dijo de los conservadores que se revolcaban como puercos en el abrevadero de sus sentidos, lo que con toda certeza provocaría una severa reprimenda del Presidente de la Cámara de los Comunes hoy en día. Como no temía pronunciar ver-

---

1 Nota del traductor: todas las citas del texto son traducciones propias.

dades desagradables, Hazlitt fue vilipendiado por sus poderosos adversarios políticos, tuvo en consecuencia dificultades para conseguir trabajo y pasó gran parte de su vida en la pobreza. Si habló en favor de los pobres, no fue desde una posición de patrocinio.

Hazlitt era un extremista político sin complejos, otra de las razones por la que durante mucho tiempo se le negó poder ser uno de los supremos artesanos de la lengua inglesa. Mientras que en la era moderna se espera que los críticos sean desapasionados, Hazlitt era un partidario de pura sangre. En una época de brutal represión política, en la que Gran Bretaña era efectivamente un estado policial, tenía mucha razón en serlo. Cualquier postura de desinterés en tales condiciones habría jugado directamente a favor de los autócratas políticos. El ideal, pensaba Hazlitt, no estriba en un tibio término medio, sino en llevar una idea tan lejos como sea posible. Era alérgico a la banalidad liberal que dicta que la verdad se encuentra en algún punto entre los extremos. En su opinión, existe *de facto* un auténtico tipo de imparcialidad, que nada tiene que ver con una neutralidad grandilocuente. Consistía más bien en avanzar a tientas, más allá de los propios intereses egoístas, hacia las necesidades e intereses de los demás. Podía, por ejemplo, moldear su propia mente a la semejanza de la de un hombre como Edmund Burke, por mucho que aborreciera su política tradicionalista. Como muchos otros, encontró esa empatía imaginativa en Shakespeare por encima de todos, y fue además el tema de su primer libro, un estudio filosófico de la acción humana. Parece irónico, pues, que un escritor al que a menudo se le reprochan sus prejuicios inveterados comenzara su carrera alabando la virtud del desinterés. Pero la ironía es solo aparente: para Hazlitt, la imparcialidad conllevaba una simpatía desinteresada que podía superar los intereses personales, lo que, en el contexto de su época, era un caso difícilmente imparcial.

Si la disputa entre los periódicos de la época de Hazlitt era tan feroz, se debía en buena medida a que se había vuelto casi imposible distinguir la literatura de la política, y esto sucedía en una época de acontecimientos políticos que sacudían el mundo. Si la crítica era tan vital, se debía en gran parte a que lo que estaba en juego era muy importante. Una suerte de “baja” imagería podía sugerir sentimientos peligrosamente republicanos, mientras que el gusto por lo neoclásico implicaría el apoyo al gobierno autoritario de Whitehall. La batalla política podía aunarse por cuestiones de rima o dicción. Críticos tan astutos como Hazlitt podían desentrañar toda una política a partir de un giro retórico. Críticos posteriores han hecho lo mismo con su brillante prosa.

Los juicios literarios también eran difíciles de separar de los filosóficos. Defender la razón universal, como Tom Paine, conllevaba situarse firmemente a la izquierda; considerar que la razón era menos crucial que la costumbre o el instinto significaba

probablemente oponerse a la Revolución Francesa. Rara vez en los anales de la cultura británica el arte, la política y la filosofía han estado tan estrechamente entrelazados. ¿Es la visión de William Blake religiosa, artística, política, filosófica o todo ello a la vez? ¿En qué sentido el anémico estilo literario de Paine, en contraposición a la magnífica y apasionada prosa de Edmund Burke, es un indicador de la posición de estos hombres respecto a las principales cuestiones sociales de su tiempo?

Los asuntos en cuestión eran, sin duda alguna, cruciales. Hazlitt nació en 1778, solo dos años después de que la colonia británica al otro lado del Atlántico declarara su independencia. Fue una nación en la que se involucró muy pronto, como veremos en un momento. A la edad de once años, la Bastilla cayó en París, y con ella el detestado *ancien régime* de Francia. Cuando Hazlitt era joven, se produjeron amotinamientos en la marina británica y un gobierno gravemente desconcertado promulgó una serie de despiadadas leyes antisindicales. La Gran Bretaña en la que creció este valiente disidente estaba repleta de espías, agentes provocadores, motines por falta de pan, disturbios policiales, juicios por traición, rotura de máquinas, militancia rural, procesos por sedición y encarcelamiento para los robaban porque estaban hambrientos. Aquellos sospechosos de rebelión política podían vivir lo suficiente para ver cómo se les cortaban los genitales y se les extraían los intestinos de sus cuerpos medio colgados. En estos primeros años de la Revolución Industrial, más de uno de cada veinte habitantes se encontraba desamparado, mientras que algunos de los afortunados que trabajaban tenían la desgracia de morir haciéndolo. La clase obrera británica, que más tarde ofrecería cierta resistencia organizada a estos horrores, se hallaba todavía en proceso. Correspondió a los literatos –a escritores como Blake, Shelley, Mary Wollstonecraft, Keats, Byron, Hazlitt y Leigh Hunt– desarrollar una crítica que los militantes del movimiento obrero británico harían suya más tarde.

Hazlitt, por tanto, formaba parte de una corriente del Romanticismo radical para la que lo contrario al poder opresivo era la imaginación creativa. La imaginación representaba una libertad y una riqueza espiritual que no se encontraban en las oscuras fábricas diabólicas de la Gran Bretaña industrial temprana. Este era un poder transformador que, como tal, tenía afinidades con la política revolucionaria. Era un indicio de la capacidad humana para proyectarse más allá del presente y, por consiguiente, presagiaba una utopía. La imaginación no tenía límites, por lo que era un valor único en una civilización en la que todo podía ser sopesado y medido. El arte era un juego, no un oficio, y de esta manera ofrecía una promesa de emancipación a los esclavos asalariados de la primera nación capitalista industrial de la historia. La obra de arte no obedece más que a su propia ley, por lo que puede considerarse un modelo de autonomía humana. Era autodeterminante, como deben

serlo los pueblos y las naciones. No poseía razón o propósito alguno más allá de su propio deleite y, en una época utilitaria que juzgaba las cosas en términos de sus funciones prácticas, esta gloriosa inutilidad acarrearba algunas implicaciones subversivas.

Desde William Blake hasta Oscar Wilde, el arte era una imagen de lo que los hombres y mujeres podían llegar a ser en condiciones políticas distintas. Ellos también podían ser gloriosamente inútiles; de hecho, este era el sentido de la existencia humana, que los puritanos de barba grisácea y los defensores a ultranza de la ética del trabajo jamás habían entendido. Los seres humanos se asemejan a las obras de arte por ser fines en sí mismos; cualquier intento de utilizarlos para metas que se dilatan más allá de ellos mismos violaría su verdadera naturaleza. Irónicamente, pues, el arte por el arte no era una retirada de la política, sino una política en sí misma.

El Romanticismo no fue la única fuente de desavenencia de Hazlitt. También fue heredero de la Ilustración radical del siglo XVIII, con su fe en la libertad, la igualdad, la libertad de investigación y un orden social racional. Fue un legado que heredó de su padre, un ministro unitario de Tipperary que había apoyado abiertamente la causa de la independencia de Estados Unidos en una época en la que era peligroso hacerlo en Gran Bretaña. Un artículo de prensa sobre la tortura británica de los prisioneros de guerra estadounidenses que Hazlitt padre escribió le valió amenazas de muerte. En su Irlanda natal, la Ilustración radical adoptó la forma política de los revolucionarios Irlandeses Unidos, cuya insurrección de 1798 destinada al fracaso apoyó y con algunos de cuyos líderes estableció vínculos. Fue también amigo de Benjamin Franklin y, cuando el pequeño William tenía cinco años, trasladó a la familia al clima políticamente más agradable de los Estados Unidos. Gran Bretaña le parecía un antro de injusticia, mientras que los Estados Unidos prometían ser un remanso de libertad. En la primera carta que escribió a la edad de ocho años, Hazlitt hijo dijo de América “que habría sido mucho mejor si los blancos no la hubiesen descubierto” (Wu 36). Este pequeño anticolonialista insistió en que “hay que dejar que (los indios) se queden con ella, porque ha sido hecha para ellos” (36).

Los Hazlitt se establecieron al principio –¿dónde si no?– en Filadelfia, pero Hazlitt padre no consiguió un puesto clerical allí, por lo que se trasladó a Boston, donde se ganó un seguimiento entusiasta entre los feligreses de mentalidad liberal de la ciudad. Sin embargo, ni siquiera aquí pudo encontrar un cargo permanente. La tierra de la libertad aún no se había puesto al día con su estilo de disidencia racional. Así que, a regañadientes, se embarcó con su familia de vuelta a la ignorante Gran Bretaña, pero antes de hacerlo dejó una revolución silenciosa tras de sí. Gracias a su influencia, la capilla King’s de Boston rompió su afiliación con la Iglesia Episcopal y se convirtió en

la primera institución unitaria de los Estados Unidos. El hombre que engendró a uno de los mejores hombres de letras de Gran Bretaña también implantó un nuevo credo en el Nuevo Mundo.

Hazlitt hijo se había formado para ser ministro unitario y, una vez de vuelta en Londres, asistió a un colegio unitario condenado por la clase política por ser un foco de herejía y sedición. Fue allí donde encontró por primera vez a los filósofos de la Ilustración francesa, que situaron con firmeza su pensamiento en una matriz republicana. Sin embargo, sus creencias religiosas fueron disminuyendo a medida que crecía su fe política, de modo que a los diecisiete años ya se había transformado en un infiel declarado. “Nada” –escribiría más tarde– “puede seguramente superar los excesos, los horrores, las formas más refinadas de la crueldad y la malignidad a sangre fría que se han ejercido en nombre y bajo el abrigo de la religión” (Cook 95).

Cuando este joven, que negaba la existencia de Dios, se lanzó finalmente a una precaria carrera artística, no fue como escritor sino como pintor. De hecho, fue lo suficientemente competente para exponer en la Royal Academy, institución a la que más tarde fustigaría por su conservadurismo artístico. Lo que le llevó a la literatura fue un encuentro con la feminista Mary Wollstonecraft, así como una fructífera amistad con los poetas Wordsworth y Coleridge, ambos por aquel entonces entusiastas de la reforma radical. Hazlitt pondría más tarde en ridículo a ambos por su apostasía política, puesto que Wordsworth acabó escribiendo sonetos de tercera categoría en alabanza de la pena capital y Coleridge reivindicó que se sofocaran violentamente las protestas de los trabajadores. También se codeó con Keats, Shelley y Charles Lamb. Se convirtió en un hombre de letras cada vez más prominente, venerado y vilipendiado a la vez, con toda la versatilidad típica de su especie. En una carrera de pródigo trabajo literario, pronunció conferencias públicas sobre filosofía, Shakespeare, poesía inglesa y comedia escénica inglesa, trabajó en el teatro y la pintura, escribió sobre literatura y política para un abanico de revistas importantes y publicó una serie de obras (*Table Talk*, *The Spirit of the Age*, *Political Essays*, *Lectures on the English Comic Writers*) que, en palabras de un crítico de la época, le consagraron como “uno de los críticos más hábiles y elocuentes de nuestra nación” (Cook xlv).

Asimismo fue, debemos añadir, uno de los más espléndidos estilistas. Pocos críticos británicos pueden dar vida a una persona, a una ideología política o a un escrito de forma tan vívida como hizo Hazlitt. Son pocos, además, los que pueden igualar su combinación de elegancia y crudeza, de sutileza y fuerza satírica. Al escribir sobre un petimetre contemporáneo que se lamentaba de la desgracia de que su pierna coja era también su favorita, encontró en este eje casual de ingenio “una facilidad y elegancia horacianas . . . una negligencia resbaladiza, un afeminamiento amortiguado . . . se ne-

cesitarían años de estudio descuidado y de disfrute lánguido para dar con un concepto tan evocador e ingenioso . . .” (160). Consideremos también este comentario acerca del pintor Van Dyke:

“El color de la carne de Van Dyke, aunque tiene una gran verdad y pureza, carece de entusiasmo. No posee el carácter interno, el principio vivo en él. Es una superficie lisa, no una masa cálida y conmovedora . . . La impresión se desliza desde el ojo, y no deja, como los tonos del lápiz de Tiziano, una punción en la mente del espectador. El ojo no adquiere un sabor o apetito por lo que ve” (267).

La poesía de Wordsworth le parece demasiado puritana y hostil para la suntuosidad:

“Los adornos de los trajes, las decoraciones de la vanidad son despojados sin piedad como bárbaros, holgazanes y góticos. Las joyas en los rizos, la diadema en la frente despejada, se consideran rimbombantes, teatrales, vulgares, y nada satisface su gusto quisquilloso más allá de una simple guirnalda de flores (...). ¡Por la evidencia interna uno casi podría estar seguro de que (su poesía) fue escrita en una región montañosa, por su desnudez, su simplicidad, su altanería y su profundidad!” (251).

Desde sus intentos de mantenerse lejos de una prisión de deudores hasta su tempestuosa vida amorosa, la vida de Hazlitt fue tan turbulenta como sus disputas políticas. Un amigo le describió a él y a su esposa Sarah como “una pareja respetable: discuten, se pelean, se reconcilian con una botella de ginebra de por medio y se emborrachan juntos” (Wu 193). Su reputación se ha recuperado recientemente en Inglaterra gracias a una serie de ediciones y estudios críticos. Se ha creado una Sociedad Hazlitt y recaudado dinero para la restauración de la tumba del crítico en el Soho. Hazlitt no fue, como afirma el subtítulo de Duncan Wu, el primer hombre moderno. Los historiadores tienden a fechar la época moderna a partir de principios del siglo XVII, en cuyo caso Descartes, Shakespeare o Copérnico tienen un mayor derecho a este título. Aun así, fue uno de los gigantes de las letras inglesas, así como una de esas raras figuras políticas que empiezan en la izquierda y acaban también en ella. Mientras otros a su alrededor cambiaban de chaqueta, barrían hacia adentro y asumían servilmente la insolencia del poder, él nunca vaciló en su fe en el pueblo y en su rabia ante la injusticia. Murió como vivió: sin tener casi un duro. Con su habitual ojo para las gratas coincidencias, la historia decretó que Hazlitt viviera durante un tiempo en el domicilio londinense de John Milton, regicida y republicano, su gran predecesor inglés en la defensa de la libertad.

Traducido por Rubén J. Almendros Peñaranda.

## Bibliografía

- Cook, Jon. "A Chronology of William Hazlitt". *William Hazlitt: Selected Writings*, Jon Cook (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. xliii-xlvii.
- Hazlitt, William. "On Gusto". 1816. *William Hazlitt: Selected Writings*, Jon Cook (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. 266-270.
- \_\_\_\_\_. *Liber Amoris*. 1823. Oxford, Woodstock Books, 1992.
- \_\_\_\_\_. "Mr. Wordsworth". 1825. *William Hazlitt: Selected Writings*, Jon Cook (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. 347-358.
- \_\_\_\_\_. "Brumelliana". 1828. *William Hazlitt: Selected Writings*. Jon Cook (ed.), Oxford, Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. 158-62.
- \_\_\_\_\_. *The Life of Napoleon Buonaparte*. 1828-1830. 6 volumes. New York, Wiley and Putnam, 1847.
- Wu, Duncan. *William Hazlitt: The First Modern Man*. Oxford, Oxford University Press, 2008.